

Capítulo I

Faltaba una semana para comenzar el segundo año de carrera. Iba a la universidad nacional de Guinea Ecuatorial que estaba situada en Malabo, la capital del país. Estudiaba ingeniería de minas.

Salí a comer unos días antes de comenzar el semestre. Estaba con Elisa, mi amiga. Era la única amiga que tenía porque a su lado podía ser yo mismo. Elisa volvía a Guinea. Había pasado las vacaciones en España. De entre los dos fue la primera en llegar allí y mientras comíamos le dije:

—¿Cómo es?

—Bonito. Deberías de ir —dijo Elisa.

—No sabes cuánto me gustaría, pero sabes que todo depende de mi padre. Es el único que podría pagarme el viaje.

—Allí te sentirás libre. Podrías agarrar de la mano a tu novio, abrazarle en público y besarle, sin miedo a que te golpeen o que te maten —dijo.

—Lo sé. En estos momentos estoy imaginando cómo sería.

—¡Vivirías la vida! Mírate. Tienes veintitrés años, con una altura parecida a la de un modelo, con una piel morena, ojos marrones y unos labios rosados que comería a besos si no fueses gay.

—Ya no utilizamos la palabra gay en público, ¿recuerdas? Ahora se dice *cuan-dengue*.

—Eso, pero se me hace raro pronunciarlo. Eres hermoso, Dashis. E inteligente. No permitas que esta situación acabe contigo —dijo.

—Y no lo permito, pero no creo que sea capaz de aguantarlo por mucho tiempo.

—Veo las marcas en tus brazos. Te ha vuelto a pegar — dijo mirándome a los ojos.

Me quedé callado, no quise hablar del tema. Era bastante vergonzoso y doloroso tener que andar con una sudadera todos los días para ocultar las marcas de látigo que recibía a manos de mi padre. Me dio un abrazo y dijo:

—Estoy contigo. Me convertiré en una puta si es posible para obtener el dinero.

Sonaba bonito, pero Elisa estaba en las mismas condiciones que yo, dependía de sus padres.

Fuimos a mi casa. Vivía en Banapá, uno de los mejores barrios de la ciudad. Elisa aparcó frente a la verja de la casa. No podía entrar porque mi padre le había prohibido el acceso. Según él, ella era la culpable de que yo fuese gay y pretendía apartarme de todas esas amistades. Creía que haciéndolo habría esperanza de que volviera atrás.

Le di un abrazo y se fue con su auto. Al entrar en casa mi padre estaba en el salón y mi madre estaba poniendo la mesa. Pasé delante de él saludándole, pero no dijo nada.

Entré en mi cuarto, cerré la puerta y me tumbé en la cama. Al instante mi madre llamó. Abrí y me agarró del brazo diciendo:

—Has estado otra vez con ella.

—No tengo ganas de discutir, mamá —dije.

—Tu padre os vio. No sé qué piensa hacer, pero tú di lo que dices siempre: que ya no haces esas cosas.

—Esas cosas —dije en voz baja.

—Sí, esas cosas. Tú no eras así, Dashis. Dios no creó a dos hombres. Él no fue tonto al dejarte ser un hombre y no una mujer. Esas no son costumbres nuestras, sino de los blancos. Y esto no es Europa, es África.

—Siempre he sido así, mamá. Tuve mi primer novio cuando tenía doce años —dije.

—¡Cállate! Tu padre es uno de los generales más respetados de este país. Encarcelan a personas como tú. ¿Sabes cuánta vergüenza y dolor nos haces sentir? Cenarás con nosotros y dirás a tu padre que no era Elisa.

Se fue. No era nada nuevo. Todos los días decían lo mismo, como un disco rayado. Me senté en la cama y puse música lenta. Me ayudaba a sobrellevarlo, aunque en el fondo estaba cansado. A veces pensaba en suicidarme y así largarme de este maldito mundo.

Al cabo de unos minutos, estaban llamando a la puerta. Era mi primo. Dijo que me estaban esperando. Sin ganas, bajé y me senté a un lado de la mesa. Durante la cena no dije ni una palabra. Me sentía aislado. Mi padre mostraba cariño hacia mi primo. Todos los proyectos que él pretendía llevar a cabo, los consultaba con mi primo, así que no valía la pena esforzarme en sacar buenas notas. Aquello no era relevante. Solo estaban ansiosos por que las palabras “no soy gay” saliesen de mi boca.

Me levanté de la mesa. Mi madre me preguntó si había acabado y le dije que sí. Cuando estaba subiendo a mi cuarto, mi padre me llamó y dijo:

—Vístete. Tengo que llevarte a un lugar.

Sabía que no iba ser un lugar agradable. La última vez que escuché aquellas palabras mi padre me llevó a una iglesia para exorcizarme y sacar aquellos demonios responsables de lo que me estaba ocurriendo. Subí a mi cuarto, cogí los auriculares y nos fuimos en su auto. Durante el trayecto nadie habló. Había un silencio total, un silencio que incomodaría a cualquiera excepto a nosotros, porque ya estábamos acostumbrados a ello. La relación con mi padre nunca fue así. Hubo una época en que lo admiraba, lo amaba y deseaba ser como él. Entonces se enteró de mi condición sexual y nada volvió a ser como antes.

Llegamos a una casa de cemento que tenía la forma de un castillo. Había mujeres maduras, mujeres con una edad superior a la mía. Una de ellas se acercó y le dijo a mi padre:

—Por aquí señor.

Entramos en un salón que tenía sillas rojas, una alfombra que cubría todo el suelo y un sofá en forma de corazón. El sofá estaba situado en el centro de la habitación. Al instante aparecieron nueve chicas. Todas estaban desnudas. Se colocaron delante de nosotros y mi padre dijo:

—Escoge una.

Estaba nervioso, porque sabía que no era capaz de follar a ninguna de ellas. Escogí a la más bella. Aparentaba unos treinta años. Las demás se fueron. La mujer se acercó. Comenzó a desabrocharme los pantalones y le dije:

—¿Aquí? Mi padre está detrás.

—Esa es la cuestión. Quiero ver si de verdad estas curado —dijo mi padre.

Me sacó el calzoncillo y comenzó a hacerme una mamada. Giraba su lengua alrededor de mi pene, lubricándolo con su saliva, pero yo no tenía ninguna erección. Estaba sudando. Cerré los ojos deseando con todo mi corazón y suplicando a Dios que aquello parase.

Mi padre preguntó a la chica:

—¿Hay progreso?

Ella se detuvo. Levantó la cabeza mirándome a los ojos y dijo:

—Creo que deberíamos estar en un cuarto a solas. Si yo fuese él, me pasaría lo mismo. Usted es su padre. Ninguna persona mantendría una erección estando su padre justo detrás de él.

—En ese caso iros al cuarto. Esperaré aquí —dijo mi padre.

Fuimos al cuarto y me tumbé en la cama. Ella se puso encima de mí y dijo:

—¡Cálmate! Sé que somos iguales.

—¿Iguales? —pregunté.

—Sí, nos gustan las pollas y gordas.

Nos echamos a reír. Era un alivio. Sacó del armario una botella de licor y dijo:

—Brindemos.

— ¿Por qué? —dije.

— Por la vida, que es injusta y muy hijaputa.

—No sabes cuánto —dije.

—Diré a tu padre que eres un macho en la cama, tú procura que no vuelva a verte en situaciones sospechosas. Sabes que podrían matarte o, si tienes suerte, acabar el resto de tus días en ‘Guantánamo’¹.

—Gracias, ¿me dices tu nombre? —le pregunté.

—Sonia Obono. ¿Y el tuyo?

—Dashis Nsue.

Al salir del cuarto, Sonia se alejó con mi padre. Al cabo de unos minutos estaban de vuelta. Mi padre tenía una sonrisa que no le cabía en la cara. Aquel silencio incómodo desapareció y de vuelta a casa mi padre volvía a dirigirme la palabra. Estaba contento. Incluso me preguntó qué se sentía al seguir el camino correcto. Y dije:

—Me siento bien. Sé que he actuado de mala manera, pero todo eso se acabó.

Estaba construyendo mi futuro. Tenía que ser hipócrita y mentiroso para lograr mi objetivo. Era momento de coger las riendas de mi vida, lo tenía todo pensado. Primero, hacerme pasar por heterosexual mientras reunía el dinero necesario o incluso robarle a mi padre. En ese momento, el fin justificaría mis medios. Estaba claro que en Guinea Ecuatorial no tenía futuro.

Llegamos a casa. Dije a mi padre que necesitaba descansar y subí a mi cuarto. Desde allí podía escuchar los gritos y las risas de mi madre, diciendo en nuestra lengua vernácula:

—¡Gracias a Dios! ¡Ya era hora!

Pasaron toda la noche bebiendo y charlando, algo que no hacían en años. Al parecer, la felicidad de la familia estaba condicionada por la esperanza de que yo pudiera cambiar de acera. Dejé de escuchar sus voces y a medianoche supe que ya estaban dur-

¹ “Guantánamo” es el nombre coloquial que recibe un edificio construido por el régimen de Obiang en Malabo en el que concentra sus fuerzas policiales. (Nota de la Editora)

miendo. Me levanté para abrir la puerta de mi cuarto y, al abrirla, me encontré a primo de pie justo en frente. Me preguntó:

—¿Puedo pasar?

—Claro.

—Cierra la puerta, ya sabes que no quiero que ellos sepan nada de esto.

—Lo sé.

—Dicen que has cambiado, que te tiras a mujeres ahora, pero yo no me lo creo.

—Me conoces bastante bien. Sabes que sigo siendo el mismo y tú sigues siendo el primer chico con el que me acosté.”

—Me da igual, soy heterosexual. No voy por ahí ofreciendo mi trasero a otros chicos como si fuese una puta.

—Da gracias a esta puta por haberte guardado el secreto. Y ahora lárgate.

Me quedé tumbado en la cama. No era la primera vez y estaba cansado de todo esto, pero sabía que tenía que aguantar hasta tener el dinero y la visa. En mitad de la noche, mientras dormía, sentí cómo me bajaban los pantalones. Creí que estaba soñando, pero me levanté al sentir cómo me escupían en el trasero. Era mi primo. Apenas podía ver. Todas las luces estaban apagadas y él me decía:

—Chúpalo, por favor. Estoy muy excitado.

—No tengo ganas.

—¡Vale!, entonces solo te penetraré. No tienes que hacer nada.

Sentí al instante cómo su polla penetraba mi ano, incrementando su tamaño. Me giró y comenzó a besarme. Tenía la respiración acelerada. Parecía como si estuviese teniendo sexo con dos personas a la vez, la primera aborrecía lo que estaba haciendo y a la segunda le encantaba.

Apretaba mi cuello mientras se corría y al hacerlo se detenía, abrazándome. Al cabo de unos segundos, abandonaba mi cuerpo. Salía de él con velocidad, como si me repudiara. Limpiaba su polla una y otra vez y, después de llegar al orgasmo, no volvía a mirarme a la cara. Parecía avergonzarse. Se vestía rápidamente y antes de salir del cuarto decía:

—Esta es la última vez que hago esta mierda contigo.

Después del sexo me sentía vacío. Deseaba amanecer con alguien a mi lado, tener a una persona que me dijera te quiero y vivir la increíble experiencia de estar enamorado. Pero aquello era todo excepto eso. Cómo una persona puede acostarse con homosexuales y en público negarlo, comportándose de una manera completamente dife-

rente e incluso diciendo que es capaz de matar a uno de ellos. En ese momento dejé de creer en las personas y me volví egoísta, sin importarme las consecuencias. Sacaría dinero a mis padres y con él haría todo el papeleo. Había comenzado un nuevo capítulo en mi vida, uno en el que no figuraban mis padres ni mi primo. Que Dios les perdonase, porque yo no pensaba hacerlo.